



Found in Translation 2024

Alma en movimiento

Violeta Paljangas

Cuando Giorgos, de 19 años, saltó del tren que debía llevarle del cautiverio búlgaro al alemán en las montañas del este de Serbia a principios de 1942, no tenía ni idea de que permanecería en estas colinas serbias el resto de su vida. Por qué mi abuelo nunca se sintió atraído de vuelta al norte de Grecia seguía siendo una incógnita. Y adaptó su nombre al sistema de apellidos yugoslavo.

Desde Viena, donde comenzó mi vida en 1973, y dio sus vueltas tras unos años extremadamente inestables, mis raíces se trasladaron definitivamente a Serbia al cabo de 7 años, donde se trasplantaron de vez en cuando durante mis años escolares. Durante este tiempo, no sólo cambió mi lugar de residencia, sino incluso la estructura estatal: la RFSY se convirtió en la RSY, luego en la simbiosis de Serbia y Montenegro, hasta que al final de esta odisea geopolítica en el DNI sólo figuraba Serbia, sin Kosovo, que fue amputado bajo anestesia de bomba. Los Balcanes fueron una dura prueba para mí, un choque cultural. A pesar de ello, o tal vez debido a ello, es una parte inconfundible de mi identidad: llena de controversia, mezcla de improvisación, creatividad, misticismo, maldición y todo tipo de fantasmas.

También abandoné Yugoslavia cuando tenía 19 años. El colapso de Yugoslavia fue el terremoto que creó oleadas de refugiados, que también me arrastraron de vuelta a Occidente, esta vez a Suiza, donde nadie me esperaba, donde aprendí alemán por tercera vez en mi vida, porque mis conocimientos de alemán vienés habían desaparecido, y mi alemán de Gymi sólo existía en teoría. Aprender alemán en un país donde casi cada pueblo tiene su propio dialecto es un reto en sí mismo. También tardé mucho en darme cuenta de que los suizos no querían excluirme cuando hablaban insistentemente en dialecto, sino que formaba parte de su identidad. Que el alemán literario era algo extraño para la mayoría de ellos. Y al igual que nuestro abuelo tuvo que escuchar toda su vida sus orígenes extranjeros, yo también revelo mis orígenes eslavos en cuanto abro la boca. A pesar de tener sólidos conocimientos de alemán, sólo puedo sentir o expresar sentimientos en mi lengua materna. Pienso en alemán, pero mi corazón está impregnado de los Balcanes. El alemán es la lengua oficial en el hemisferio izquierdo de mi cerebro y el serbio en el derecho. En algún momento, sin embargo, me di cuenta de que la comunicación entre las personas tiene más que ver con las longitudes de onda en las que se transmite, que con la lengua en sí. Pero, en realidad, incluso el conocimiento más sólido de la lengua puede servir de poco si no te interesa realmente el contenido y la comunicación genuina. Me di cuenta de que los códigos culturales tienen que ser compatibles, o la motivación tiene que ser muy alta si quieres llegar a la otra persona y comunicarte bien.

Conseguir un permiso de residencia permanente en Suiza en aquella época me dio la oportunidad de dejar atrás el caos sin esperanza del proyecto socialista en desintegración, la corrupción sin esperanza y la guerra. Me dio la sensación de seguridad que tanto necesitaba. En lugar de estudiar, estaba agradecida de poder ganar algo. Probarme a mí misma como limpiadora o vendedora de verduras a tiempo parcial. Suiza era como un libro mágico de



Found in Translation 2024

objetos ocultos en el que debería haber podido encontrar el camino..... sin instrucciones. La comunicación entre los autóctonos y los emigrantes era más parecida a la de personas con deficiencias auditivas comunicándose con personas mudas, que a un intercambio a la altura de los ojos. Los malentendidos y los conflictos eran inevitables, y la desintegración de Yugoslavia no hizo sino exacerbar la disonancia cultural. Abrirse camino en una sociedad cuyo sistema de valores desconoces y bajo el peso de tus propios orígenes y otras limitaciones puede ser una empresa ardua y desafiante. Los preciosos años de juventud se pasan dando vueltas en lugar de utilizarse para construir los cimientos de la vida. Pero he abrazado lo que aquí se ofrece y significa mucho para mí: la diversidad de los paisajes naturales, culturales y políticos de Suiza. Por eso creo que las personas pueden pertenecer a dos culturas. El sudeste y el oeste de Europa se tocan y complementan en mí. En cierto modo, me enorgullece vivir y cultivar la diversidad cultural de Europa, pero es cualquier cosa menos fácil. Sobre todo, armonizar las distintas prioridades de estas dos corrientes dentro de mí.

Siempre he visitado fielmente mi país de origen, incluso en la época de las despiadadas sanciones, cuando había que solicitar y pagar un visado Schengen sólo para pasar por Austria y Hungría. En aquella época, esto significaba una tediosa y humillante «acampada» ante la embajada austriaca en Berna. Para solicitar viajar por estos países, tenías que acudir a la embajada en mitad de la noche, hacer cola... o comprar un billete de avión, que era puro lujo. Una vez, este peregrinaje perverso acabó trágicamente para un joven. Un convoy lleno de gente con un pase de segunda se desvió, haciendo que el joven saliera a la carretera y fuera atropellado.

Cuando me divorcié, suprimí el infame -ic de mi apellido y adopté el apellido del abuelo para sentirme más libre, pero también para salvar el nombre original del abuelo. Entretanto, el nombre griego original había desaparecido de la familia. En los años 90, la terminación -ic te impedía conseguir un trabajo o un piso, era un estigma. Una injusticia devastadora: culpar a todas las personas de origen serbio de la tragedia yugoslava. Mi primo, que entonces tenía nueve años, se quitó el apellido Milosevic porque en la escuela le provocaban constantemente. Su deseo espontáneo era apellidarse Coca-Cola, que se convirtió en su apodo.

El abuelo nunca regresó a su patria. Un día antes o después de cumplir 80 años, y tras unos buenos 60 años en Yugoslavia y Serbia respectivamente, cambió su billete por el de los climas aéreos. Ha confiado sus restos terrenales a Serbia. ¿Adónde irán mis restos algún día? No puedo evitar sonreír cuando recuerdo lo que entonces no tenía nada de gracioso: mi tía, que trabajaba en la residencia de ancianos Elisabethen, había vaciado la urna de la habitación de un residente en la basura por pura laboriosidad e ignorancia de las costumbres culturales de Suiza. Había cenizas en ella. La mujer había hecho su trabajo lo más concienzudamente posible... tras lo cual la anciana alborotó todo el piso con sus exclamaciones: min Maa, miin Maaa.....(mi esposo...) Por cierto, mis cenizas tal vez podrían convertirse en un objeto decorativo útil. Una maceta o algo parecido... Para al menos dar a la vida la impresión de ser «estética» y «significativa» al fin y al cabo...